

MONUMENTO Y PROPAGANDA

JUAN DE DIOS LEAL

La génesis del concepto de monumento está en la propia esencia del ser humano, entendido este como una especie dispuesta a dominar la naturaleza, servirse de ella, para proyectarse al futuro en la búsqueda de una mejor vida; de la felicidad. Dicho así parece un término inocente, pero sin embargo es una consecuencia relativamente lógica del concepto de poder que a los humanos nos acompaña desde la aurora de los tiempos, origen del progreso y sustentador inevitable también de la rivalidad y la posesión.

Desde que el homo sapiens habitaba las cuevas más elevadas de una sierra o de un altiplano, siempre tuvo como propia la necesidad de deslumbrar a sus semejantes, intimidar a sus enemigos o mostrarse como invencible. Así, una especie en principio endeble físicamente y que al contrario que el resto de mamíferos nacía prematuro (apenas andamos hasta después de 11 meses) y necesitaba muchos años para alcanzar la edad adulta (nos reproducimos a partir de los 12/14 años), halló una herramienta que le haría sobrevivir: el poder.

Algunos antropólogos están reflexionando sobre si la aparición del lenguaje articulado no sea, pese a lo que hasta ahora se ha pensado, un elemento para que los hombres se entendieran; si no antes al contrario se adquirió esta competencia para confundir al otro.

Con estos mimbres no es descabellado pensar que el monumento, lo que entendemos hoy como un edificio que por su aspecto parece elevado y bello, sólido y espectacular, sea un acto de propaganda derivada del ejercicio de poder. Sólo los poderosos han sido capaces de crear construcciones capaces de deslumbrar a los demás, para someter a sus más próximos o para intimidar a sus enemigos; y en todo caso, además, para mayor gloria propia, para sobrevivir a la muerte y perpetuarse.

Así entenderemos los monumentos funerarios del antiguo Egipto, con las pirámides como símbolos de poder, intimidación y perpetuidad. O las catedrales e iglesias góticas, que se erigían paradójicamente en épocas de gran deterioro demográfico, para obtener los mismos efectos, de sometimiento y respeto.

Cuando Jaime I El Conqueridor conquista el norte del Reino de Valencia se apresta a construir la primera iglesia de la reconquista, la del Salvador de Borriana, como una demostración de poderío, para mostrar la firmeza de su proyecto conquistador y repoblador, y no sólo ante sus enemigos islámicos, sino ante sus propios acompañantes, ante sus nobles, su clero y sus gentes. Trataba de demostrar que la campaña no sería provisional y de saqueo, sino que aquí quería quedarse y aquí quería traer a sus gentes. La iglesia de Borriana es por tanto un acto de propaganda. Fiense a su fe los que quieren ver en ello un acto piadoso de amor a Dios.

De la misma manera el afán transformador de todas las mezquitas musulmanas allá donde las tropas cristianas llegaron. No las arrasaba —aunque casos hubo—, sino las transformaba en iglesias góticas. El campanario y el minarete tiene la misma función de llamada al culto para los fieles, sea por campanas o a través del muecín. Siempre desde lo alto, siempre para que los de abajo contemplen asombrados el poder de los de arriba. Cuanto más alto mejor, cuando mejor decorado más impresionaba.

Y qué decir de los castillos, torres, murallas y fortificaciones. No hay duda alguna que el poderío de una ciudad se medía, hasta que las técnicas de guerra lograron salvarlas, por la fortaleza de sus murallas, de sus torres defensivas. Cuanto más aparatosos y sólidos parecieran, mayor era el grado de intimidación.

En cada época, pues, el poder ha transmitido su presencia a través de la construcción de edificios emblemáticos que perpetúan un tiempo.

Pero los tiempos han cambiado. Ahora la sociedad democrática ha trasladado mucho del sujeto activo del poder a la sociedad civil, aunque los poderosos sigan siéndolo. Pero ya no es necesario construir fortalezas o catedrales para intimidar al enemigo. Bastan unas cuantas cabezas nucleares.

Cuando ahora, en cada ciudad importante, o aunque no lo sea tanto, se construyen estadios, torres de comunicación, museos o bibliotecas, ciudades dedicadas al ocio y al esparcimiento, coliseos para la ópera, palacios de congresos, grandes rascacielos, etc. Siempre con las mismas intenciones de propaganda y poder. Como en la antigua Roma.

Más que la intimidación o el poder, el sometimiento o la opresión, la democracia nos ha traído un nuevo concepto de monumento que, en esencia propagandístico, al menos no resulta en su esencia un elemento de agresión o de sometimiento.

Cuando en el debate ciudadano se critica la funcionalidad o no de un edificio emblemático de nueva construcción, o si las instalaciones son útiles o inútiles, si sirven para algo práctico o no, o si la circulación interior y los espacios, son adecuados, sobre si las escaleras son muy altas o faltan lavabos en la planta tercera..., quienes lo hacen, y a veces se hace desde las aulas, no están distinguiendo si el que diseñó El Micalet de la Seu en Valencia pensó en la incomodidad de su escalera interior o pensaba en la altura y magnificencia como ostentación de poder.

Todavía están los teóricos de la arquitectura utilitarista buscando razones prácticas que avale la construcción de la torre Eiffel de París. La verdad es que no sirve para nada, pero sin embargo se ha convertido en el símbolo de una ciudad y de un país. Como una inmejorable propaganda. Un orgullo como el que en Valencia sienten cuando contemplan el Mercado Central, la Lonja de la Seda o la Ciutat de les Arts i de les Ciències.



Hables como hables, seas como seas, lo más importante es que alguien te escuche

En "la Caixa", más de 25.000 personas te escuchan, te entienden y trabajan cerca de ti para darte la mejor solución.

¿Hablamos?

